

enseguida, pero antes hay que mostrar el señorío sobre la forma, el dominio de la técnica, el acoso y la posesión del sujeto hasta hacer de él un arquetipo de lo que hoy los periódicos nos muestran como un protagonista de la realidad. A partir de ese relato, Rossi amplía lo que ahí se condensa para ir divagando por una realidad ya de por sí poco asible, para cercarla, jugar con ella, conquistarla o dejarla marchar desde la poderosa perfección de sus medios. Quien conozca al Rossi de *Manual del distraído* sabe ya que el autor transita por los géneros con toda libertad y que el ensayo y el relato se funden en él en una suerte de divagación inimitable hoy por hoy en nuestras letras —si se me permite el posesivo que comunica un lado y otro del Atlántico—, en las que, digámoslo ya, representa uno de los escasos papeles indiscutiblemente protagonistas de nuestro elenco, tan uniformizado hoy por hoy. Las regiones, las guerras, las lluvias, el amor, los viejos, pasean por aquí como protagonistas de una historia que hará de ellos almoneda. Todo es evocación, nada es esperanza, como la selva que se reproduce a sí misma o el mar que se sucede sin cambio. Como dice Don Teófilo refiriéndose a la anterior maestra en *Sedosa, la niña*: «En lugar de enseñar a leer el periódico, quería redimirnos. Hablaba del futuro, un fastidio». Hay que prevenirse contra «la curiosidad por ese pasado tan enigmático,

tan injusto, tan desordenado». Frente a eso no queda sino el amor. Rossi juega ahí la carta de la defensa personal de sus personajes que sólo en el amor encuentran el desorden asumido, la voluntad libre que es también la solidaridad de la estirpe: «Nunca entramos solos al amor, están con nosotros quienes nos precedieron, genealogías iluminadas u oscuras cuyo origen exacto ignoramos. Es una carga de caballería, nunca un duelo solitario».

El libro parece una sucesión de relatos, pero es en realidad una suma de episodios que conforman una realidad mítica al modo de una novela fragmentada que es preciso unir, que se une sola, diríamos mejor, que confluye en el último de los cinco cuentos, «Luces del puerto». Aquellos que estaban seguros de que la vida era suya, quienes lucharon en guerras absurdas, pagadas a veces por sus propios héroes para la historia, quienes se enamoraron de la dependencia italiana de un colmado —magistral de nuevo Rossi al describir en su justo lugar el encuentro entre María y el coronel García Nieves en *La lluvia de enero*— sólo se encuentran en la muerte que los iguala o en la dudosa memoria oficial que los rechaza mientras ellos mismos prefieren recordar «con el amor indulgente de la amistad». Se salvan por el amor los hijos de las regiones. Bajo todo ello, claro, circula también un discurso político, una crítica del absurdo histórico,

del maquillaje de los hechos, de las fronteras artificiales y de la necesidad de las guerras de los salvadores de la patria, estén del lado que estuvieren. En eso, *La fábula de las regiones* es un texto implacable, también a la hora de plantear una literatura en la que lo mágico pierde el brillo de su propio es-

pejo pues se coloca en relación con el fondo permanente que oculta. La lección es, por tanto, múltiple, alcanza a todo. Es lo que ocurre cuando, como en Rossi, el narrador de mano maestra tiene la cabeza tan bien amueblada.

Luis Suñén

Agenda

Semana de Autor de Jorge Edwards

Entre el 27 y el 31 de octubre pasados se celebró en la Casa de América (Madrid) y bajo el auspicio de la AECI, la Semana de Autor dedicada al escritor chileno Jorge Edwards. La primera mesa estuvo moderada por Teodosio Fernández, quien situó a Edwards en la llamada «generación del Cincuenta», caracterizada por su ruptura con el realismo social y encuadrada en la parábola política que va del gobierno del Frente Popular (1938) al de la Unidad Popular (1970), derrocado por el *putsch* de 1973.

Carmen Riera aproximó a Edwards, Enrique Lafourcade y José Donoso, por las dificultades iniciales de publicación, que se resolvieron en la autoedición, dado que reinaba entonces el tópico de que Chile era un país de poetas líricos y no de narradores. Reunía a los tres escritores un mismo anhelo de cosmopolitismo, afición a las le-

tras norteamericanas y europeas, y desdén por las chilenas, señalándose la devoción por la obra de William Faulkner.

Bernard Schutz evocó el florecimiento cultural de Chile en las décadas de 1960 y 1970, subrayando el peculiar auge filosófico existencialista, con Unamuno como reactivo contra el catolicismo dogmático de los jesuitas, educadores hegemónicos de la juventud letrada. Schutz rechazó la noción de generación y consideró significativo que Edwards, apartándose del lugar común chileno, dejara de lado una precoz vocación de poeta.

Por su parte, Mauricio Wacquez dividió la literatura de Chile anterior a Edwards y sus coetáneos, entre escritores señoritos y escritores criollistas o populistas. Los del Cincuenta quisieron ser famosos como no lo habían sido sus antecesores y hallaron un poderoso

agente cultural en Lafourcade. Su maestro fue Teófilo Cid, quien mantenía una peña cultural en su bar *El Bosco*. Edwards, en medio de esta bohemia intelectual, huía de todo escándalo a causa de su empleo diplomático. Era británico, flemático y frío («Es capaz de resfriarnos a todos» solía comentar Donoso). Finalmente, el golpe de Estado acabó favoreciendo a los escritores exilados, porque los vinculó con el exterior y los estimuló a escribir una literatura fuera de las casillas habituales, una literatura creativa y marginal.

A su turno, Edwards admitió la influencia de su educación jesuítica. Los profesores de la Compañía intentaron inculcarle el gusto por la mala poesía, el box y el fútbol, tres disciplinas para las que no estaba dotado y que lo obligaron a buscar su identidad en la narrativa, partiendo de la admiración por los cristianos desesperados como Unamuno y León Bloy. Otro sector del jesuitismo, el representado por Alberto Hurtado, le inculcó inquietudes sociales, llevándolo a conocer los barrios más pobres de Santiago. Los maestros de lecturas fueron el citado Cid y Claudio Giaccone. También se sintió atraído por los personajes excéntricos de las clases altas, como Juan Emar (pseudónimo originado en la expresión francesa *J'en ai marre*, estoy har-to) y su pariente Joaquín Edwards Bello, a quien la familia denominaba «el inútil de Joaquín», un

escritor de crónicas y novelas en clave, que se exilió en Río de Janeiro, se arruinó jugando en Montecarlo, volvió a Santiago, radicando en un barrio decadente, entregándose al vegetarianismo, casándose con una camarera de restaurante y acabando sus días como suicida octogenario.

En relación con su cargo diplomático, Edwards recordó que la literatura estaba tan mal vista en el medio, que debía disimular su condición de escritor hasta que el golpe de Estado lo apartó de la carrera. Le habría resultado imposible ser representante de una dictadura y la expulsión terminó beneficiándolo. Su proyecto permanente es escribir una novela satírica sobre la diplomacia.

El día 28 moderó Nora Catelli, quien retrató a Edwards como el típico ciudadano liberal, republicano y jacobino de América Latina: dubitativo, perplejo, mesurado e igualitario. Armas Marcelo destacó los dos libros de memorias de Edwards, *Persona non grata* y *Adiós, poeta*, elogiando su «incorrección política», el riesgo que significaron para su autor en el mundillo literario y la visión cercana, sincera y no exenta de simpatía, de personajes como Neruda y Fidel Castro.

Javier Pradera hizo un recuento generacional que involucró a Edwards: un viaje iniciático que empieza en la izquierda procubana y acaba en la desilusión y la imposibilidad de cambiar la vida. Un es-